

EPILOGO INAUGURACION AÑO ACADEMICO – MARZO 1999

Esta misión de las universidades católicas va recayendo sobre generaciones sucesivas que toman el relevo en esta larga tarea de hacer presente el Evangelio en el mundo de la cultura, las profesiones, las ciencias y las artes. Ese es el camino que se abre ante los que inician este año sus tareas universitarias, y ante todos los jóvenes que llegan a esta casa y que se hallan aquí representados por un contingente de selección. A ellos y a sus familias, quiero saludar y agradecer en nombre de los profesores y funcionarios de la universidad.

A ustedes nuestros estudiantes quiero llamarlos a la gran tarea de hacer realidad plena a la Universidad Católica. Cuando al comienzo de cada año se llenan nuestras aulas y patios de figuras juveniles es como un nuevo retoñar que nos llama a acordarnos de las misericordias recibidas y a afrontar todo el futuro sin ningún temor. Por quince veces me ha tocado inaugurar como Rector el año académico de la universidad, pero no tengo hoy día para terminar palabras que me expresen mejor que las que usé la primera vez cuando decía:

“Es difícil que ustedes entiendan cabalmente la alegría que nos da su presencia entre nosotros. Es que ustedes son como un signo del amor de Dios que todo lo renueva. En cada joven se repite el milagro de una nueva esperanza y de un nuevo amor. Y cuando el correr del tiempo nos carga con sus contradicciones, con sus oscuridades y sus decepciones, miramos la luz de Dios en cada nuevo germinar de vida, para decir con el profeta;

Es misericordia de Dios que no hayamos perecido.

Porque nunca se acaban sus piedades.

Se renuevan cada mañana,

Esa es su gran fidelidad

Esa mañana de renovación son en este momento ustedes ...

Al espíritu iluminado por la fe, todas las cosas le hablan de Dios. ¿Cómo no habrían de hacerlo esos rasgos magníficos de la verdadera juventud, que son su vigor y su espíritu de solidaridad y de hermandad?

Cada uno de ustedes debe estar profundamente penetrado de ese rol misterioso que le corresponde en este momento de su vida, de ser como un signo del impulso renovador de Dios sobre la Creación. Y estar profundamente penetrado, significa prestarse humilde y generosamente, desterrar la jactancia, la suficiencia y el orgullo, aceptar los medios y los caminos de Dios revelados en el Evangelio.

Les participo de estas reflexiones sobre la juventud que viven y la universidad a la que ingresan, haciéndome eco del mensaje que yo también recibí, hace ya mucho tiempo, en estas mismas aulas, que es la razón de ser de esta universidad y al cual quisiera ser siempre fiel. Como muchos otros profesores de ella, quisiera repetir con el Salmista:

Dios mío me instruiste desde mi juventud

Ahora en la vejez y en las canas, no me abandones Dios mío,

Hasta que describa tu brazo a la nueva generación:

Tus proezas y tus victorias excelsas,

Las hazañas que realizaste

Y esa proeza que Dios obra en nosotros, de la cual es símbolo nuestra universidad, y que yo quisiera ser capaz de relatarles, es simplemente que nuestra fe vence al mundo y es capaz de transformarlo, si es que estamos nosotros dispuestos a aceptarla y a vivirla.”